

## *Oscuridad deshabitada, oscuridad habitada*

*Jorge Ochoa, SJ*

En situaciones de dolor hay creyentes que, a pesar de la dificultad, se aferran a la esperanza y a la misericordia como cimientos que no podemos perder. Estas personas, que incluso han sido arrebatadas de sus seres queridos, optan por liberarse de sus deseos de venganza, apelando a su vocación cristiana. Con eso dan esperanza en medio de la confusión que vivimos como sociedad y como Iglesia. Ellos, a pesar de no encontrar una solución, han hallado una respuesta.

Los momentos de desánimo y confusión que retan la vida cristiana pueden ser descritos como *oscuridad*. San Juan de la Cruz llamó a dichas situaciones la noche *oscura*, y las expresó a través de imágenes como el sentirse abandonado por Dios, caminar en la noche, o buscar sin éxito al Amado, que permanece escondido. En esta misma tónica, san Ignacio de Loyola presenta la *oscuridad* como lo que él llama *desolación espiritual* (cfr. EE, 313ss) y que encontramos además en la experiencia de la pasión y muerte de Cristo, en donde la Divinidad se oculta y su presencia no puede ser vista.

Estas situaciones son oscuras no sólo por la experiencia que reportan, sino por las diferentes realidades que describen: Y que pueden presentarse de dos maneras: en unos casos la oscuridad es algo a resolver; mientras en otros la oscuridad es algo que hay que habitar. En el primer caso, la responsabilidad de la oscuridad recae en el sujeto que la vive, y está llamado entonces a reaccionar fuertemente contra ella, a «limpiar la casa», para así, volver al estado de *consolación* al que somos llamados, iluminados por Dios y su claridad. En el segundo caso, la oscuridad es una situación vital que el mismo sujeto desea atravesar como una consecuencia del seguimiento de Aquel a quien ama.

Aunque en una parte de sus *Ejercicios*, Ignacio nos enseña a buscar caminos para combatir la oscuridad, o para salir de ella (cfr. EE, 314ss) en la Tercera Semana (EE, 297ss), nos enseña a acompañar a Jesús en la oscuridad de la

muerte, mientras esperamos con humildad la Resurrección que viene del Padre. Así, al enfrentarnos a estos dos tipos de oscuridad, necesitamos entonces distinguir cuándo Jesús nos invita a salir de la oscuridad y cuándo nos invita a caminar en medio de ella, unidos a él y respondiendo como él lo hace.

### ***La oscuridad deshabitada***

En ella la persona se encuentra como tibia, triste, confundida, movida a cosas que le dañan, y separada de su Creador, (EE, 314) Se produce cuando la persona sigue las invitaciones del mal espíritu, para vivir una vida sin sentido, apegada a logros aparentes o a alegrías efímeras, pero que finalmente le perjudican. En esta situación la persona afecta de manera egoísta a sus semejantes. En suma, frustra el deseo divino de fraternidad humana. El que vive en este tipo de oscuridad no se encuentra necesariamente desanimada o deprimida, puede estar siguiendo un ritmo desenfrenado de trabajo o diversión, pero fuera de proporción, sin medida, y sin poder ver las consecuencias finales de sus actos. No podemos mantenernos dentro de este tipo de oscuridad, pues no entramos ahí por seguir a Jesús, sino al «enemigo de la naturaleza humana (EE, 327). En este caso, necesitamos reaccionar fuertemente, poniendo todos los medios posibles y dedicar tiempo a buscar el camino de salida, con la ayuda de Dios, para resolver o solucionar el estado de oscuridad en que nos hallamos. Esta oscuridad, se presenta no sólo a nivel personal sino también social y estamos invitados a luchar contra ella y contra todo lo que nos ha llevado a ella. «Luchar contra el pecado», apunta Jon Sobrino, «es deshacer las estructuras sociales injustas que tienen crucificadas a millones de almas, víctimas de hambre, explotación laboral, corrupción, adicciones».

### ***La oscuridad habitada***

La «oscuridad santa», como algunos la han llamado, es en la que se encuentran algunas personas como consecuencia del seguimiento de Jesús. Son momentos, difíciles y confusos, ciertamente, y aunque en ocasiones tratamos de

huir de ellos, están habitados por Jesús, que nos invita a permanecer con él y actuar del modo en que él lo hizo para esperar la Resurrección. Esta oscuridad, que lleva finalmente a la luz, debe ser abrazada y resignificada para poder vivirla como una experiencia religiosa positiva.

La pregunta en tiempos como ese, no es cómo salir de la oscuridad, sino cómo encontrar y seguir a Jesús en medio de ella, pues, por querer evadirla podríamos vagar sin rumbo por el desierto, empeorando así la situación. Si Dios nos invita a salir de «la noche espiritual» hay que hacerlo sin dudar; pero si Jesús nos invita a acompañarlo en ella, ahí es donde hallaremos el lugar para esperar la resurrección.

San Ignacio de Loyola sugiere un modo de vivir la oscuridad *habitada* o la oscuridad *santa* a través de la contemplación de la Pasión de Cristo (EE, 297). En ella, la divinidad no debe ser buscada bajo los signos de la resurrección y la alegría. La presencia de Jesús se reconoce en el abajamiento y la compasión. Ignacio pide que el ejercitante contemple a Cristo sufriendo en la cruz y en el dolor de todo ser humano en la historia; a sentir la pena, el quebranto y el sufrimiento de Cristo. De este modo la persona se une a Él en su abismo de imposibilidad y sufrimiento solidario.

El jesuita Kolvenbach aclara que Ignacio «no insiste en el sufrimiento, sino en Aquel que sufre», y añade que Loyola: «nunca santifica el mal, sino que propone una compasión que santifica todo sufrimiento». En la contemplación ignaciana de la Pasión, el sufrimiento humano se convierte en el lugar para la absoluta compasión de Cristo, en su abajamiento total, que lo lleva a poder compartir nuestros sufrimientos. En Jesús, la divinidad asume nuestra muerte, y se hace indefensa para abrazar nuestra indefensión.

Las únicas dos palabras que Ignacio sugiere escuchar durante las contemplaciones de la Tercera Semana, como subraya Kolvenbach, son aquellas de Jesús cuando se abandona al Padre, y nos perdona. A través de este abandono (*kenosis*), «la divinidad se esconde a sí misma» compartiendo nuestra

frustración e impotencia.

En la cruz, Cristo reconcilia todas las cosas en él, y su carne descompuesta se une a toda degradación humana, tanto de las víctimas como de los victimarios. Nos guste o no, los cristianos debemos estar conscientes de que las heridas de las víctimas, así como la monstruosidad de los victimarios, son ambas el desangrado, sucio y maloliente cadáver de Jesús. No deberíamos esperar atravesar la oscuridad como si camináramos entre ángeles y rosas, sino que experimentaremos el pecado, el engaño y el dolor, en nuestra propia sangre y en la de otros. Sin embargo, desde la cruz Cristo perdona a quienes conspiraron contra él, lo traicionaron, lo ignoraron, o a quienes huyeron en el momento decisivo. En su Pasión, Cristo ora por todos ellos, y por todos nosotros, lleno de compasión por toda degradación humana, quizá más urgentemente por aquellos que cayeron víctimas del odio y del temor. En su compasión Él acoge y perdona nuestra participación, de un modo u otro, en el pecado social que sigue produciendo muerte en el mundo. Él desea estar con nosotros, no a pesar de nuestro pecado, sino precisamente por las consecuencias de éste. En su perdón nos enseña a perdonar a quienes matan y secuestran, Y así, sabemos que Cristo sigue entre nosotros, compartiendo la misma suerte de los que hieren y de los que son heridos.

El abajamiento de Jesús y la reconciliación que de él proviene, no significa, sin embargo, la parálisis frente a la injusticia, o la licencia para la cobardía o la omisión, sino un llamado a ejercer la justicia desde el horizonte de la compasión, por muy duras que parezcan las circunstancias, para así esperar la resurrección. Como nos recuerda el papa Francisco en *el rostro de la misericordia*, toda acción de justicia deberá hacerse desde una mirada compasiva, no desde el linchamiento o la venganza.

La contemplación de la Pasión y muerte de Cristo nos lleva a vivir la oscuridad no sólo desde nuestra capacidad de transformar la realidad, sino también desde la limitación y las tinieblas, donde él se esconde, acompañarlo y tratar de responder como él, desde la esperanza, si lo seguimos en la muerte, lo seguiremos en la

resurrección.

En las presentes circunstancias de México, en las que la acción cristiana parecería insignificante, la humildad de Dios resignifica nuestros pequeños actos y nos ayuda a enfrentar el hecho de que, en ocasiones, no podemos *solucionar* la oscuridad. De este modo, podemos seguir respondiendo como Jesús en medio de ella. Esta respuesta va más allá de las soluciones, y nuestra esperanza se funda en saber que, en medio de la oscuridad, alguien responde y acompaña con solidaridad y compasión, como lo hizo Cristo, el muerto y el resucitado.

Para saber más:

San Juan de la Cruz. *Obras completas*.

<http://bibliotecasolidaria.blogspot.mx/2009/06/obras-completas-de-san-juan-de-la-cruz.html>

Peter-Hans Kolvenbach, *Decir... al "Indecible": Estudios sobre los Ejercicios Espirituales de San Ignacio*, ed. José María Iglesias (Bilbao; Maliaño: Mensajero; Sal Terrae, 1999), 91-100.

Jane Ferdon and George Murphy, "Transition's Holy or Unholy Dark," in *Review for Religious* [May-Jun 1994]:343.

Constance Fitzgerald, "Impasse and Dark Night," in *Living with Apocalypse: Spiritual Resources for Social Compassion*, ed. Tilden Edwards (San Francisco: Harper & Row, 1984), 95.

San Ignacio de Loyola, *Ejercicios Espirituales*, especialmente la Tercera Semana y las Reglas para el discernimiento espiritual.